ORACION POR EL HOMBRE

NO me digáis que la armonía, que la paz,
que la dulzura de una tarde en primavera,
cuando todo parece tan sencillo.
No acudáis a la fuente con su manso ruido,
ni al pájaro y su canto, ni al murmullo del viento.
No me mostréis de un niño, su sonrisa,
su boca; de besos, la promesa.
De una muchacha, su vientre liso, intacto,
en espera del hijo.
No me habléis de que el hombre es rey del mundo.

Por el hombre invoco.
Por el hombre inocente, colocado en la tierra
con el nombre de dueño y la verdad de víctima.
En los muertos ocultos bajo el peso de siglos,
bajo el peso de losas y de tierra pisada,
calcinada y estéril. En los muertos sin nombre
que un día sufrieron esta misma condena.
En los que aún esperan en el umbral incierto,
en el paso primero de la nada a la vida.
En los hijos que aguardan en los vientres fecundos.
En el fruto copioso que la sangre viril a la mujer dará.
En los que no han nacido, que aún podrán salvarse
si no pasan de ser esperanza, promesa,
si no encuentran su carne, unos ojos exactos
para mirar el mundo, el regazo materno
que los saque a la vida por el acto incesante del amor y el instinto.

En los muertos que fueron. En los que no han nacido.
En los vivos también. En los que en esta hora,
en este mismo instante, trabajan, aman, viven.
En los que se desgarran de dolor o de asco
y en los que a cuatro vientos proclaman ser felices.
En los hartos de gloria, de amor y de dinero,

y en los que «pan, salud, fuerza, saber»
son nombres sin sentido. Y «amor»
es la palabra que día tras día maldicen.
En el niño, apenas balbuceo, esbozo, un futuro de sombras.
Y en el viejo, ya sólo lenta espera y recuerdo.
En el joven, que exhibe su belleza y su fuerza,
y pasa por la vida como fuego que abrasa.
Y potente se yergue. Y se cree inmortal.

En el nombre de todos mi oración se levanta.
Elevarla, esparcirla, me lo pide la sangre:
Por el viento a la estrella. Por el mar al abismo.
Por la tierra al misterio de la raíz primera.
Por el fuego al principio de las estrellas vírgenes,
del mundo, llama inmensa, en el día anterior a la pisada humana.

Y a los cielos sin límites mi oración se remonte.

En el nombre del muerto, en el nombre del vivo,
y en el nombre del aún no existente:
Que retorne la vida a su día primero,
a sus aguas azules, a sus montes inmensos.
Que retornen los cielos primer aurora,
a su primer crepúsculo.
Que se olvide del hombre su presencia, su rastro.
Que se olvide su nombre. De su voz, el sonido.
De sus ojos, la luz.
Que no quede recuerdo de su andar con dos piernas.
Y en abismos vacíos, océanos intactos sepulten
que tenía coraje, paciencia, fortaleza,
que era capaz del llanto, del amor, de la risa,
que se acercaba humilde a la materia intacta:
y del mármol, la estatua; de la palabra, el verso;
del sonido, la música, surgían por sus manos,
por el soplo exclusivo infundido en su arcilla.
Y en la carne amante se renovaba eterno.

Por el hombre lo pido:
Que los sexos marchiten, que los vientres se cierren.
Que el dolor de existir no retorne a la tierra.

EMILIO MIRÓ